

ÁVILA, GASPAR DE (S. XVII)

EL FAMILIAR SIN DEMONIO

PERSONAS:

D. JUAN DE INESTROSA

D.^a CLARA, DAMA

D. ANTONIO

D.^a LEONOR, DAMA

D. LUIS

TEODORA, CRIADA

D. PEDRO

MARTÍN, GRACIOSO

JORNADA PRIMERA

Salen DON JUAN de Inestrosa y MARTÍN, su criado.

D. JUAN.

Gracias a Dios que he cumplido.

Quítame ese luto allá.

MARTÍN.

Lo que un difunto nos da
de embarazos y de ruido!

Que una criatura al nacer
nos obligue a prevenir,
supuesto que ha de vivir,
cuanto hubiere menester,
está muy puesto en razón;

pero un hombre que ha pasado
su carrera, ¿qué cuidado
le debe nuestra intención?

D. JUAN.

¿Pues quieres que haya igualdad
en todos los que han nacido?

MARTÍN.

Después ya de haber vivido
¿para qué es la vanidad?
¿Con quién tiene que cumplir
un difunto que ha dejado
el mundo determinado
de no volver a vivir?
Si este difunto pudiera
volver, tuviera en la culpa
de la vanidad disculpa
y yo se la defendiera;
pero si no ha de volver
¿de qué sirven vanidades
con locas autoridades
fundadas en el poder?
Pues luego son convenientes
las de un entierro aplazado,
prevenido y concertado
con efecto: son terribles.
Yo fui a concertar un día
el entierro de un hermano
que se me murió en verano
de pepinos y agua fría,
y fue tanto el desconcierto
de un sacristán gruñidor
que dije que era mejor
hacer el papel de muerto
para no regatear
con él ni verle pedir.

D. JUAN.

De la pena del morir
ninguno puede pasar,
Martín.

MARTÍN.

Apurado el caso,
así lo siento también,
mas para decirlo bien,
todos los términos paso
a la verdad, porque todos
los muy especulativos
ponemos ponderativos
hipérboles en los modos.

D. JUAN.

Una cosa sola quiero
confesarte que me ha dado
en esta muerte cuidado
(después del dolor primero
que al afecto natural
de ser hijo se debía)
¿mi padre no se sabía
que era noble y principal,
y en Madrid aparentado
con muy grandes caballeros?

MARTÍN.

Y añade el tener dineros,
que es lo más calificado.

D. JUAN.

¿Pues cómo a sus honras, di,
ha habido tan poca gente?

MARTÍN.

Quien eso en la Corte siente
muy poco siente de sí;
caballeros de ciudad
que viven desocupados
no es mucho que estén fundados
en esa puntualidad,
pero no en Madrid, que aquí,
donde no piensa ninguno
en el otro, cada uno
se tontea para sí:
sólo se asiste al poder
porque en la Corte no quieren
honrar a los que se mueren
sino a los que han menester.

D. JUAN.

De lo mejor del lugar
mil visitas he tenido.

MARTÍN.

Eres el sol que ha salido
y viénense a calentar:
mira el ejemplo en las flores,
que al nacimiento del día
manifiestan su alegría
con recamados verdes,

en fragantísimas hojas,
y después cuando le miran
trasponer, aún no respiran
de macilentas y flojas.
Y una cosa te querría
dar a entender, y no sé
por donde entrarte.

D. JUAN.

¿Por qué,
si siempre de parte mía
estoy dispuesto a escuchar
cuanto puedo saber yo?

MARTÍN.

Tu padre, señor, vivió
muy malquisto en el lugar;
fue de los aborrecidos
caballeros que vistieron
calza atacada, y tuvieron
sus dineros escondidos.
Cuando una cosa, señor,
encarecerse quería,
por dura, «es un don García»,
decían, y es lo peor
que dice el pueblo cruel
(aunque de tu parte está)
que heredado serás ya
tan durazno como él.
Y el curioso que previene
la causa, ha de estar atento
a cualquiera movimiento
tuyo, para ver si tiene
de tu corazón piadoso
mandamiento de soltura
la miserable clausura
de tanto doblón mohoso.
Y si quieres ser amable,
no hay sino ser liberal,
que el pecado original
del pueblo es lo miserable.

D. JUAN.

Que nunca me has parecido
tan prudente te concedo;
yo restauraré, si puedo,

cuanto mi padre ha perdido
por la culpa del no dar
parte de lo que adquirió,
que no he de conservar yo
poder que me ha de quitar:
los bienes del generoso
son depósito fiel
de la esperanza de aquel
que vive menesteroso,
y el que sólo en beneficio
de su avaricia granjea
tener riquezas, desea
sin gusto y sin beneficio.
Dígalo el sol, que a ser viene
claro ejemplo, pues no espera
de nadie y desde su esfera
comunica cuanto tiene.

MARTÍN.

Vámonos un poco al Prado.

D. JUAN.

¿Podránme allí conocer?

MARTÍN.

Todo lo que no es mujer
a nadie causa cuidado,
y como tú te recates
podrás entre coche y coche
ir desbastando la noche
a costa de disparates.

D. JUAN.

Por desenfadarme en él
tengo esta vez de tomar
tu consejo; venme a dar
una espada y un broquel.
Vanse.

Salen don Antonio, don Luis y don Pedro con broqueles en el Prado.

D. LUIS.

Sin duda que está embargada
la respiración vital
del género humano, y tal
la tierra está de abrasada,

que parece que respira
volcanes de fuego ardiente
y que al rostro de quien siente
sus bochornos se los tira.

D. PEDRO.

No he visto tan gran calor
en Madrid.

D. ANTONIO.

Cada verano
se dice así, pero es llano
que los tiempos que pasaron,
después de pasados, son
en nuestra imaginación
los que menos fatigaron:
Y eso dijo lindarnente
don Jorge Manrique.

D. LUIS.

Aquí
quiero recibir en mí
el rocío desta fuente (Siéntanse.)
que por lo menos murmura
de sí misma sin pasar,
y no le puede faltar,
el deleite y la dulzura.

D. ANTONIO.

Sí, pero en esa opinión
que os confesemos es justo
que parece bueno el gusto
pero no la inclinación.

D. LUIS.

Atención, que empieza ya
el predicador del Prado.

D. PEDRO.

¿Qué importa, si está informado
de que no os convertirá?

Salen don Juan y MARTÍN

D. JUAN.

Espera, que hay gente aquí.

MARTÍN.

Pues aquí podrás estar
con gusto oyendo hablar
sin que reparen en ti,
y más si los recostados
gastan humor.

D. PEDRO.

Si es verdad
lo de Lugo, es novedad
para quedar admirados
los hombres: escrito han
que se han levantado allí
los muertos.

D. LUIS.

Pues para mí
levantádoles habrán
a los muertos ese enredo,
porque ellos, sin artificio,
son tudescos del Juicio
en esperalle a pie quedo.

D. PEDRO.

Si es verdad, prodigios son
con señales verdaderas
de que viene ya.

D. LUIS.

Y quimeras
que ya en la imaginación
afecta nuestra malicia;
pero si es verdad que viene,
bonísimo gusto tiene
en empezar por Galicia.

D. JUAN.

Por Dios, que es gente de humor;
agradézcote el pedirme
que viniese a divertirme.

D. LUIS.

El juicio es en rigor
verdad, pues a Dios le plugo;
pero mientras llego a ver

preñadas, no he de creer
en los difuntos de Lugo;
que para no se acabar
el mundo es bastante indicio,
pues no ha de entrar en juicio
quien no pudiere pecar.

D. PEDRO.

Muy bien lo habéis advertido,
pero está el mundo de modo
que nos parece que en todo
quiere dar un estallido.
Hasta los mantenimientos
presumo, según está,
que nos van faltando ya.

D. ANTONIO.

Siempre estamos mal contentos
y nunca echamos de ver
cuán misteriosa se inclina
la providencia divina
a cuidar de nuestro ser.
Cuando estoy considerando
a Madrid en el concurso
de unos toros, y el discurso
natural está engañando,
en tan confusa armonía
la mucha gente que admiro
han de comer cada día
supuesto que son mortales,
y que a veces veo entrar
por las puertas del lugar
un burro con dos costales,
mi confusión me responde
que le viene a nuestra vida,
como el amor, la comida
sin saber cómo o por dónde.
Cuando veo discurrir
los políticos el modo
que debe tenerse en todo,
y enmendar y corregir
las acciones del privado
y el juez, si yo pudiera
el mismo lugar les diera
porque a costa del cuidado
de su vana diligencia

supieran considerar
que hay también en el mandar
peligros sin resistencia.

D. JUAN.
Éste es prudente y querría
conocerle.

MARTÍN.
Y yo también,
que me ha parecido bien
su ingenio.

D. LUIS.
Contra la mía
tiene siempre inclinación
a siempre contradecirme;
si defendiera que es firme
la tierra, hallara opinión;
y no hay para encarecer
su aversión más que decir
que quiso contradecir
en cierta ocasión ayer
que don García Inestrosa,
que el otro día murió
y tanta hacienda dejó,
no era miserable: cosa
tan fuera del pensamiento
de los hombres, que decían
que sus manos parecían
a las del rico avariento.

MARTÍN.
A nosotros van tirando.

D. JUAN.
Válgame Dios ¿que aún aquí
hablan de mi padre así?

D. ANTONIO.
Lo que dice, fue culpando
el hablar de un muerto mal,
en que se ve CLARAMENTE
que tenéis de maldiciente
inclinación natural.
Y demás desto, es mi amigo

su hijo, y nadie quisiera
que hablase de esa manera
donde puedo ser testigo.

D. LUIS.

Pues bien poco os ha de dar
si de su parte ha heredado
el avariento cuidado
de adquirir y de guardar.

D. ANTONIO.

Si por ser muy pobre yo
pensáis que he de anteponer
a la razón el poder,
la luz del sol no engendró
desde su esférico asiento
tanto oro en tierra y en mar
como sabré despreciar
para decir lo que siento.
Demás que en cualquiera acción
sabrá don Juan de Inestrosa,
con voluntad generosa
y valiente corazón,
mostrar las partes que sé
que siempre conserva y tiene.

D. LUIS.

Coche de música viene,
después os responderé.

D. ANTONIO.

El dueño de mi albedrío
presumo que viene en él;
de mi corazón fiel,
amor, la fe te confío.

MARTÍN.

A éste que te hizo ya
miserable en cierno, quiero
meterle un palmo de acero.

D. JUAN.

El conocerle será
más acertado, y mejor
vivir con mucho cuidado,
que hay víboras en el Prado

que pican en el honor.
Y agora oigamos cantar
pues que ya en el Prado estoy.

MARTÍN.

¡Que puñalada le doy
si te tardas en hablar!

Cantan dos mujeres.

D. PEDRO.

Buenas voces.

D. ANTONIO.

Buenas son
y a mí me lo han parecido.

D. LUIS.

Pues ni lo son, ni lo han sido
ni lo serán, que en razón
de música yo sé bien
que Orfeo me confesara,
si al mundo resucitara,
que no lo entendió también.

D. ANTONIO.

De la música examino,
si me suena bien o no,
que para agradarme, yo
no le hallo otro camino.

D. PEDRO.

Una mujer ha salido
del coche y viene a la fuente,
y aún si la vista no miente
confusa se ha detenido.

D. ANTONIO.

Del arca de su ventura
imagino que han soltado
esta paloma segura.

D. LUIS.

Y está bien dicho, por Dios,
porque los que allí cantaban
parecía que graznaban.

D. ANTONIO.

Todo es malo para vos

Sale Teodora, criada, con tafetán en la cabeza.

TEODORA.

Si puede la cortesía
del que fuere más bizarro
comunicar este barro
de esa fuente pura y fría
a los sedientos finales
de una dama que ha cantado,
os suplica mi cuidado
que os concedáis liberales.

Levántanse don Antonio primero y don Luis a tomar el barro.

D. LUIS.

Yo estoy aquí.

D. ANTONIO.

También yo,
y cogí el barro primero.

D. LUIS.

¿Qué importa ser el postrero
si he llegado?

D. ANTONIO.

¿Cómo no?
Pues ¿en qué puedes aquí
sin eso ser preferido?

D. LUIS.

Que el barro sueltas te pido.

D. ANTONIO.

Lo mismo te pido a ti.

D. LUIS.

Soltaré para saber
con qué causa o qué razón
hace un pobre oposición
a un hombre de mi poder.

D. ANTONIO.

Con los pobres de nobleza
se entiende que el que nació
con la obligación que yo
en la natural riqueza
de su sangre está fundado
con razón.

D. LUIS.

Verlo querría.

D. PEDRO.

Poco la persona mía
habéis los dos respetado.

D. ANTONIO.

En nada os ofendo yo,
y conmigo no se entiende,
que el que desafía ofende
y está culpado, no yo.

Vanse los dos.

MARTÍN.

¿Vas tras ellos?

D. JUAN.

Sí, Martín

MARTÍN.

Espera.

D. JUAN.

En vano es querer
detenerme, que he de ver
desta competencia el fin;
demás de que no es razón
dejar el lado de un hombre
que califica mi nombre
y defiende mi opinión.
Vase.

TEODORA.

Con gente de tal desgarro
ignorancia es detenerme
y quiero al coche volverme

aunque vaya sin el barro.
Vase.

MARTÍN.

La miserable mujer,
de turbada, se dejó
el barro y se le olvidó
el socorro del beber.

Hinche de agua el barro.

El agua quiero llevar
al coche, y cumplido habremos
mi amo y yo en dos extremos,
una virtud singular;
que si con piadoso intento
sigue a quien dél habló bien,
obra piadosa es también
dar de beber al sediento.

Salen doña CLARA de Arellano y doña Leonor , su prima, y Teodora con sereneros.

TEODORA.

Gracias a Dios que ha dejado
sola el concurso plebeyo
la fuente.

D.^a CLARA.

Haz entre tanto
que dé la vuelta el cochero.

MARTÍN.

Si sois vos, señora mía,
quien a los claros espejos
desta purísima fuente
les pedíais el remedio
de una fatigada sed
este es el barro y el agua.

D.^a CLARA.

Decidme quién sois primero (Tómala.)
que la beba.

MARTÍN.

Soy criado
de un caballero en bosquejo,

tumba con alma y en pie.

D.^a CLARA.

Pues perdonad si la vierto,
que criado de una tumba
bien me puede dar un miedo.

MARTÍN.

Melindre me ha parecido
tanto cuanto.

D.^a CLARA.

Cuando pierdo
los pulsos con el espanto
no es mucho dar en el suelo
con el peso de las manos.

MARTÍN.

Conforme el libro del duelo
de agua vertida, ya estoy
cargado, mientras no veo
roto el barro.

D.^a CLARA.

Ya lo está
(Déjale caer.)
si el desagravio está en esto.

MARTÍN.

Vos, quien quiera que seáis
a pagar de mi dinero,
como dicen vulgarmente,
sois mujer de buen despejo,
y en premio del desenfado
quiero decir de mi dueño
nombre, calidad y hacienda,
si os sirvo. ¡Válgame el cielo!

Salen don Antonio y don Juan con las espadas desnudas.

D. JUAN.

¿Qué queréis o qué esperáis
tan confuso y tan suspenso
cuando está vuestro contrario
o malherido o bien muerto?

D. ANTONIO.

Habéisos puesto a mi lado
tan valiente y tan resuelto,
que quiero de agradecido
detenerme a conoceros.
¿Quién sois?

D. JUAN.

Lo que importa agora
es solamente el poneros
en salvo, que tiempo habrá
en que conozcáis que os debo
cuanto por vos hacer pude;
y que os conozco os advierto,
en fe de cuya verdad
estos cien escudos quiero
que os excusen por agora
la culpa del deteneros
el volver a vuestra casa.

D. ANTONIO.

Sólo el decir, caballero,
que me conocéis, me obliga
a tomarlos, pero es cierto
que para cuando os conozca
confieso aquí lo que os debo,
y mi fe y palabra os doy
que entonces esclavo vuestro
os he de besar los pies,
aunque antes me hubiéseis hecho
mil ofensas.

D. JUAN.

Pues agora,
que os vais solamente os ruego.

D. ANTONIO.

También os doy, como es justo,
palabra de obedeceros.
(Amor perdone esta vez
en mi intención los desprecios
del peligro, que he de ver
a doña CLARA primero). Vase.

D. JUAN.

¿Quién es?

MARTÍN.

MARTÍN tu criado,
con mi poco de San Telmo
después de la tempestad,
pero si del tente perro
hay rezagos, aquí estoy,
tan natural pendenciero
que tengo seis estocadas
para cada movimiento.

D. JUAN.

Llega, y con recato mira
si un hombre que allí en el suelo
cayó herido poco ha
de una estocada, está muerto.

MARTÍN.

La comisión perdonara
aunque fuera con quinientos
maravedís de salario,
que aunque es verdad que me atrevo,
es de difuntos abajo,
que pocas veces me llevo
a gentes que se despiden
con parasismos y gestos. Vase.

D. JUAN.

Tan piadoso corazón
administra mis intentos
que cómplice desta culpa
a sentirla me detengo.
Y quisiera, a ser posible,
impetrar yo los alientos
de mi vida para aquella
reducilla a los postreros
términos de su desdicha,
que tanto en mí la prevengo
que se ha partido en los dos
la herida y el sentimiento.

Sale MARTÍN.

MARTÍN.

Caravanas de difunto
imagino que está haciendo

porque pide confesión,
que son los últimos medios
del alma.

D. JUAN.

Pues ven conmigo
que no ha de morir si puedo
sin ella quien la ha pedido
cuando es posible el remedio.
Vanse.

D.^a LEONOR.

Pendencia, sin duda, ha sido,
y aquel que se fue primero
y con la espada desnuda
presumo que deja muerto
algún hombre.

D.^a CLARA.

Y yo también
puedo decir que lo quedo,
que pareció a don Antonio
en los últimos acentos
de la voz, y no me cabe
el corazón en el pecho.

TEODORA.

¡Ay, señora! Agora digo
que de los dos que quisieron
tomar el barro era uno,
que parece que ya veo
por lo que has dicho, que vi
su talle y sus movimientos.

Sacan don Juan y MARTÍN a don Luis herido.

D. JUAN. Puesta la mano en la herida
llegaréis con más aliento
y ánimo, que cerca están
los Recoletos.

TEODORA.

¿Detengo
al criado?

D.^a CLARA.

Sí, Teodora.

TEODORA.

Mi ama os pide y yo os ruego
que la escuchéis dos palabras.

MARTÍN.

A poblar un cementerio
voy con un medio difunto;
por agora, si algo puedo
es solamente decir
que los demonios trajeron
en vuestras manos un barro
del camarín del infierno.
Vase.

D.^a CLARA.

¿Qué dijo?

TEODORA.

El barro ha culpado
y fuese sólo con esto.

D.^a LEONOR.

Con la de Adán nos ha dado
en el pecado primero.

D.^a CLARA.

Una cosa solamente
has de hacer por mí.

TEODORA.

Ya entiendo,
que vaya tras ellos quieres.
Vase

D.^a CLARA.

Sí, Teodora, y aquí espero.
Tan desgraciada he nacido
que apenas, prima, empecé
a facilitar la fe
de un intento resistido,
cuando ya empiezo a tener
desventuras que sentir,
sentimientos que sufrir
y penas que padecer.

D.^a LEONOR.

Nunca juzgué de tu amor
finezas de tanta estima.

D.^a CLARA.

Eso es lo que admiro, prima,
lo impensado del temor;
las mujeres, Leonor mía,
es lo que más deseamos
ver presente lo que amamos;
y si, como ser podía,
don Antonio se ausentase
de Madrid, mi corazón
con la sola privación
era fuerza que penase.

D.^a LEONOR.

Por la piedad se ha metido
la disculpa de tu amor.

D.^a CLARA.

Poco entendemos, Leonor,
las cosas del alma; asido
está el sentimiento dellas,
no el discurso ni el saber,
y sabemos padecer
mucho mejor que entendellas

D.^a LEONOR.

Teodora viene.

D.^a CLARA.

Y parece
que con paso apresurado;
el corazón se ha turbado
y es señal que ya padece.

Sale Teodora

¿Qué hay, Teodora, qué has sabido?

TEODORA.

El que por aquí pasó
a un hombre herido llevó
a confesar, tan herido

que llegó a la portería
de los Recoletos ya
tan sin aliento, que está
en la postrera agonía.

D.^a CLARA.
¿Quién es?

TEODORA.
No le he conocido,
que está tan desfigurado
que procuré con cuidado
conocerle y no he podido.
Y el que le llevó, señora,
un coche está procurando
mientras se está confesando.

D.^a CLARA.
Vuelve volando, Teodora,
y llévele el mío, y di
que en cortesía le pido
que después de haber cumplido
con su obligación, aquí,
si es posible que me vea,
le quedo esperando yo.

D.^a LEONOR.
Dudo que venga.

D.^a CLARA.
Yo no,
porque un hombre que se emplea
en ejercicios piadosos
no es posible, prima mía,
que falte a su cortesía,
que todos son valerosos
y corteses.

TEODORA.
Yo obedezco,
aunque turbada y temblando.
Vase.

D.^a CLARA.
Yo, Teodora, te lo mando
cuando sabes que agradezco.

Dentro ruido de pandorga.

¡Qué diferentes cuidados
ha puesto, Leonor, el cielo
en las criaturas del suelo!
¡Qué lejos y qué apartados
van aquellos de mi pena!

D.^a LEONOR.

Para esos, Clara mía,
habrá también otro día,
que el tiempo en la Corte ordena
que unos tengan que sentir
cuando otros se van a holgar,
que hay muchos para el llorar
y muchos para el reír;
y desta desigualdad
se compone su armonía.

D.^a CLARA.

Sólo sé en la pena mía
que siento con voluntad.

D.^a LEONOR.

Si viniese la justicia
¿qué fuera bueno decir?

D.^a CLARA.

En el no queremos ir
se ve la poca malicia
con que habernos esperado,
porque son continuamente
fiscales del delincuente
el recelo y el cuidado.

D.^a LEONOR.

Yo he visto muchos sin culpa
y no querer esperar
cuando pueden excusar
el enfado y la disculpa;
que al verse repreguntada
de un alcalde una mujer
mucho le debe a su ser
si no responde turbada.

Sale TEODORA.

D.^a CLARA.

Teodora vuelve. ¿No viene?

TEODORA.

Llevó a su casa al herido
confesado, y me ha pedido
que me venga, que conviene
no venir juntos los dos,
que él sabe la fuente ya
y que al momento vendrá.

D.^a CLARA.

Mil años te guarde Dios,
Teodora.

TEODORA.

Y si no me engaño
es el que viene tras mí.

Sale don Juan con capa diferente y MARTÍN.

MARTÍN.

¿Al fin te has resuelto?

D. JUAN.

Sí, que ya es forzoso.

MARTÍN.

En extraño
laberinto te has metido.

D. JUAN.

Al mandato de una dama
que a un tiempo me obliga y llama
¿quién será desconocido?
sin conocerme me envía
su coche, y sin conocerla
será justo obedecerla
y lo demás grosería.

MARTÍN.

Muy bien has hecho en mudar
capa, por si alguien te vio
reñir y te conoció

lo que acabas de dejar.

D. JUAN.

Yo llego, señora mía;
obligado y obediente
vengo a tan dichosa fuente,
que a tan cortés hidalguía
no hay humana resistencia,
y ya me tenéis aquí
para serviros de mí.

D.^a CLARA.

Tanto estimo esta obediencia
que lo que primero quiero
es sólo que me digáis
quién sois, aunque os recatáis.

D. JUAN.

Serviros en todo espero;
pues ya para obedecer
os diré con brevedad
mi nombre y mi calidad;
pero a vos sola ha de ser
por lo que granjeo en esto.

D.^a CLARA.

A solas con vos estoy.

D. JUAN.

Don Juan de Inestrosa soy.

D.^a CLARA.

Pues señor don Juan, ¿qué es esto?
¿A estas horas por el Prado,
vuestro padre recién muerto?

D. JUAN.

Señora, este desconcierto
conocido y confesado
me ha obligado a recatarme,
aunque hoy ha sido el calor
tal, que pudo su rigor
convencerme y disculparme;
demás de que no creí
que nadie a mí me pudiera
conocer: y la primera

ocasión en que me vi
fue encontrar con un herido
que pedía confesión,
piedad en que el corazón
se administró convencido.

D.^a CLARA.

¿Y quién el herido fue?

D. JUAN.

Es un don Luis de Cardona.

D.^a CLARA.

Conozco bien su persona
y su calidad, y sé
que no tiene el ofensor
en toda España sagrado
seguro.

D. JUAN.

El haberle dado
con razón será el mayor.

D.^a CLARA.

¿Puedese acaso saber
quién hirió a este caballero?

D. JUAN.

Como esclavo verdadero
debo en todo obedecer,
pero permitid que yo,
señora, os haya servido
en deciros el herido
pero el delincuente no.

D.^a CLARA.

¿Qué más pudiera decir
si fuera yo la justicia?
A preguntas sin malicia
nadie se ha de resistir.
Demás de que cuando fuera
mi enemigo el ofensor
por lo que debo a mi honor
le ocultara y le encubriera.

D. JUAN.

Pues en fe de esta verdad
lo diré por no ofenderos:
don Antonio de Cisneros
hirió a don Luis.

D.^a CLARA.

Piedad
de mi corazón ha sido
anticipar el dolor.

D. JUAN.

Poco, si éste no es amor,
de afectos he conocido.

D.^a CLARA.

Y poco sé yo también
de un corazón principal
si no descubro mi mal
a quien desea mi bien.
Señor don Juan, según veo,
vos os habéis inclinado
al herido, y mi cuidado
al que hirió, y en este empleo
de mi voluntad, a vos
os confío mi flaqueza
fiando de tal nobleza
el amparo de los dos.
Demás de que yo os lo pido
y mirad cómo ha de ser
que habéis de favorecer
al que decís que ha reñido
con razón, que no lo fuera
que perdiera el delincuente
por más dichoso y valiente
vuestro amparo.

D. JUAN.

¿Quién dijera
que me habían de pedir
lo mismo que yo deseo
Nadie a tal mandato creo
que se podrá resistir.
Cuando yo fuera el herido,
de la razón y el valor
que ha tenido el ofensor
quedara tan convencido

que no sólo perdonara
contra mi vida la ofensa.
pero en su amparo y defensa
toda mi hacienda gastara.
que en causas en que el rigor
ofende sin tiranía
quien muestra más hidalguía
es el que queda mejor.

Sale don Antonio.

D. ANTONIO.

Mariposa delincuente,
a la llama de un delito
me arrojé y me precipité,
viendo el peligro evidente;
mas tiene amor mi disculpa
tan a su cargo, que creo
que es mayor en mi deseo
el descargo que la culpa.
¡Que a esta hora doña Clara
no ha vuelto a su casa, cielos!
Muriéndome estoy de celos.
Pero ya el alma repara
que es suya la voz que oí
y ella la que está apartada,
que su prima y su criada
son estas que están aquí.
Averigüé mis recelos
sin tener más que esperar,
que apartarse para hablar
materia da a mis desvelos.

LEONOR.

Aquel hombre que allí espera
parece que con malicia
se detuvo.

TEODORA.

¿Si es justicia?

D.^a LEONOR.

Él llegara si lo fuera.

MARTÍN.

Señor, un hombre está allí,

al parecer con cuidado,
y está loco o enamorado.

D. JUAN.
¿Por qué?

MARTÍN.
Está hablando entre sí.

D. JUAN.
¿Agora sabes que el Prado
tiene por diversos modos
puerta franca para todos?

D.^a CLARA.
¿Qué dices?

D. JUAN.
Que se ha parado
un hombre allí cuidadoso.

D.^a CLARA.
Voyme por no dar lugar
a que os pueda imaginar
por el aire algún curioso.

D. JUAN.
Dadme, señora, licencia
que vaya con vos.

D.^a CLARA.
Aquí
os quedad, que importa así.
Vanse las mujeres.

D. JUAN.
Discúlpeme la obediencia.

D. ANTONIO.
Caballero, a mí me importa
conoceros si gustáis

D. JUAN.
Pues que no me conozcáis
me importa a mí. También corta
mi espada, a mi parecer,

como la vuestra y sería
infame bajeza mía
el dejarme conocer
cuando lo puedo excusar
con el valor que hay en mí.
Este es don Antonio, aquí Aparte.
me importa disimular.

D. ANTONIO.

De lo que pude entender
de esa dama que os habló
pienso que os favoreció,
y he de morir o saber
quién tan venturoso ha sido
que haya podido alcanzar
poseer y granjear
el amor que no he podido.
Que en habiendo tanteado
la distancia de los dos
por lo que ha sobrado a vos
veré lo que en mí ha faltado.
Quien examina al dichoso
más lisonjea que ofende
si graduarle pretende
la parte de venturoso,
y ya que a vos os tocó
la dicha que yo perdí,
permitid lograda en mí
la de conoceros yo,
porque en llegando a mostrar
más dicha y más bizarría,
lograr pretendo la mía
con morir o con matar.

MARTÍN.

Éste es el mismo que hirió
al otro que en casa está.

D. JUAN.

Ya le he conocido, y ya,
pues no nos conoce, yo
sé como echarle de aquí.
Caballero enamorado,
bien sentido o mal premiado,
que nada me importa a mí,
si esta dama que se fue

de aquí me favoreció,
como vos decís, y yo
debo a su amor esta fe,
¿para qué me examináis
con preguntas de celoso
si puedo ver venturoso
sin que vos me conozcáis?
Un enemigo granjeo
en vos si me conocéis,
y está en lo que vos queréis
contrapuesto mi deseo:
porque ignorante es aquel
que sin temer su castigo
solicita un enemigo
pudiendo vivir sin él.

D. ANTONIO.

Pues riñamos

D. JUAN. Por dos cosas
no lo hago: la primera
porque somos dos, y fuera
dar con manos afrentosas
motivo a mi deshonor;
y la segunda es que quiero
que reconozcáis primero
el peligro deste error.
Andan por aquí a buscar
un caballero que ha muerto
a otro, y tengo por cierto
que en riñendo hemos de dar
en manos de la justicia.

D. ANTONIO.

¿Saben quién fue el matador?

MARTÍN.

Obró la purga, señor.

D. JUAN.

Dicen, si no fue malicia,
don Antonio de Cisneros.

D. ANTONIO.

En grande peligro estoy.
¿Sois caballero?

D. JUAN.
Sí soy.

D. ANTONIO.
Si deben los caballeros
cumplir y satisfacer
con valiente corazón
la forzosa obligación
de su honor y su poder,
mañana en la noche espero
detrás de Atocha.

D. JUAN.
¿A qué hora?

D. ANTONIO.
A esta misma, y pues ahora
decís que sois caballero,
mostradlo también en ir
a donde ya mi cuidado
hora y sitio ha señalado.

D. JUAN.
Palabra os doy de salir;
y por si el que está conmigo
no me quisiere dejar
que salga solo, llevar
podréis con vos otro amigo.

D. ANTONIO.
Don Juan de Inestrosa irá *Aparte*
conmigo, que su intención
y valiente corazón
esta fe me debe ya.
Digo que de dos a dos
dejamos hecho el concierto.

D. JUAN.
Que he de cumplirle, os advierto,
esta vez.

D. ANTONIO.
Adiós.

D. JUAN.

Adiós.

SEGUNDA JORNADA

Salen don Juan y Martín.

D. JUAN.

No dejes que entre nadie, que han mandado
que no entre nadie porque no se inquiete.

MARTÍN.

Bravos tres cirujanos le han curado:
de Tamayo, Andosilla y de Calvete
pueden fiar la penetrante herida
del golpe criminal de un matasiete.
Cosas notables tiene nuestra vida;
unas veces qué terca se resiste,
y otras qué fácilmente está perdida.
Llega y dale un cristiano, el que le embiste,
dos o tres hurgonazos penetrantes,
cebado en él, cual pájaro en alpiste:
y cuando piensan ya los circunstantes
que llegó la de Réquiem y boquea,
a dos días se va tras los gigantes,
y luego a otro, que apostar desea
a vivir con los siglos, de un piquete
se arruga, se traspilla y patalea.
Mas qué mucho, que un cuerpo se sujete
a tantos accidentes, si procura
un millón de peligros, que se inquiete
el corazón, el brazo, el entresijo,
que todo está sujeto a la ventura
del soslayo, porque según se dijo,
el remedio en topar con algo desto
es arrimar la boca a un crucifijo.

D. JUAN.

Cerca está un hablador de ser molesto:
¿de qué nos sirve el discurrir agora
la fábrica en que fue aposentadora
de nuestra humanidad la providencia,
de la mano de Dios, y que la ignora
quien más la comprende.

MARTÍN.

La experiencia
de nuestras desventuras nos obliga
aunque es tan superior la dependencia;
pero permite sólo que te diga,
esto dejado aparte, si has querido
que yo en mi confusión me contradiga.
Si don Antonio fue el favorecido,
¿por qué al desafiarte tú lo acetas
trayendo a casa a su contrario herido?

D. JUAN.

Bien sé, Martín, que nada me interpretas
y que sirvas y calles te aconsejo
si a tenerme por dueño te sujetas,
que el tiempo sólo por respuesta dejo
para tus dudas, que él dirá algún día
que en nada yo de la razón me alejo.
Cuando fuiste a decir de parte mía
a don Enrique que su hijo estaba
malherido en mi casa, ¿qué decía?

MARTÍN.

En su mismo valor se transformaba,
y vuelto al cielo, en lágrimas bañado,
Por contados alientos respiraba.
Pero no me dejó tan admirado
su llanto como el vivo sentimiento
de un sol entre sus luces eclipsado.
Tiene una hermana a quien pudiera atento
el encarnado rosicler del día
ceder en esplendores su ornamento:
«¡Ay, mi querido hermano!» repetía,
y entre mejillas de aparente grana
enternecidas lágrimas vertía:
y como en esperezos de quartana
se eleva y se encendía en su ardimiento,
confesando en su llanto el ser humana.
Y tal fue en uno y otro el sentimiento
que arrebatados en su misma pena
vienen los dos; escucha y mira atento
con propia admiración en causa ajena.

Salen don Enrique de Cisneros y doña Antonia, su hija.

D. ENRIQUE.

Bien pienso, señor don Juan,
que podré excusar agora
el encarecer mis penas,
mis ansias y mis congojas.
Mi hijo y yo, arrebatados
de una pasión amorosa,
en ella parte del alma
y en mía el afecto de toda,
venimos a ver la luz
de mis ojos, si en las sombras
del ocaso de su vida
no quiere Dios que se esconda.
¿Dónde está don Luis?

D. JUAN. Señor,
si el confesaros que os sobra
para la pena la causa
la consuela o la mejora,
padre os reconozco yo,
cuyo título me informa
de los pesares que el alma
va remitiendo a la boca.
El señor don Luis está
recién curado, y reposa,
y mandan que no le hablen
porque esto a su vida importa.
Querrá Dios que no sea nada
y que presto se antepongan
a las desdichas lloradas
las esperanzas dichosas.
No hay sino tener paciencia
y valor, que en estas cosas
ni los pesares dan vida
ni los consuelos la estorban.
Aquí podemos sentamos
mientras la perdida copia
de la ya vertida sangre
se asegura y se recobra.

D. ENRIQUE.

Aunque el dolor y la pena
de un sentimiento revocan
en la más firme obediencia
obligaciones forzosas,
la que tengo de serviros

conozco tan imperiosa
que ni las penas la impiden
ni las desdichas la estorban.
Siéntate.

D.^a ANTONIA.
El señor don Juan
está en pie.

D. ENRIQUE.
Las ceremonias
con quien es dueño de todo
en todo pienso que sobran.
Señor don Juan, perdonadme,
que en una pregunta sola
he de cifrar mis pesares
por no cansaros con otras:
¿Quién fue el que atrevidamente
hirió a mi hijo?

D.^a ANTONIA.
Aunque agora
por mujer y por tu hija
contradecir no me toca
tus intentos, padre mío,
perdóname si te enojan
los míos: Señor don Juan,
si no hay injuria afrentosa
en la ofensa de mi hermano
y de persona a persona
venció quien le dio la herida
y no con mano alevosa,
no digáis el ofensor
que menos pienso que importa
ignorar el delincuente
que incurrir en la ponzoña
de vengativo deseo,
que es la continua carcoma
de los errores de una alma,
y más si la infamia toca
en justicia, que éstas ya
son acciones afrentosas.
Estos agravios, señor,
que en los hombres se ocasionan
sólo de mejor fortuna
disculpadamente enojan;

y en los nobles no ha de haber
pasiones cuando se logra
el intento de dos brazos
en la espada más dichosa.
Y así, que viva o que muera
mi hermano, es acción heroica
que halle el ofensor aquí
amparo y misericordia.

D. JUAN.

Cuando ya de vuestra sangre
tanta noticia, señora,
no tuviera, estas razones
me la enseñaran agora.
Mucho os debe la razón
si atropelláis valerosa
vuestro propio sentimiento
para ser su defensora,
y yo mucha admiración,
perdónenme Grecia y Roma,
pues sois la primera mujer
que disculpa cuando llora.

D. ENRIQUE.

Convencido me confieso.
Advierte, querida Antonia,
que esta fácil diligencia
de un alma pesquisidora
no va fundada en el daño
de aquella mano alevosa
que me ha ofendido en los ojos,
sino por saber quien corta
con una espada dos vidas
y con un brazo conforma
en la ejecución de un golpe
dos heridas peligrosas.

D. JUAN.

Cuando son las diligencias
tan inútiles que estorban
la imaginación, y al fin
ni averiguan ni se logran,
el no hacerlas es mejor.
Anoche, muy a deshora,
supe que el señor don Luis
pedía misericordia

al cielo en la confesión,
y con entrañas piadosas
le llevé a los Capuchinos,
adonde entre sus congojas
dio a entender que el inquietaros
era la mayor de todas
y así le traje a mi casa
donde mi pecho os informa
de mis deseos, y en ella
con mi hacienda y mi persona
procuraré la salud
desta juventud dichosa,
si del pájaro fenicio
me pidieran los aromas
sobre cuya ardiente pira
en más vida se coloca.

D. ENRIQUE.

Permitid que le llevemos
a mi casa.

D. JUAN.

Será agora
cualquier movimiento en él
diligencia peligrosa,
y no saldrá de la mía,
si la muerte no lo estorba,
hasta que a todos nos deje
con esperanzas dichasas.

Sale MARTÍN.

MARTÍN.

Ya pienso que está despierto.

D. ENRIQUE.

Licencia me podéis dar
para entrar, si puede entrar
a ver un herido un muerto.

D. JUAN. Toda esta casa estará
a vuestra disposición
sin hacer contradicción
en nada.

D. ENRIQUE.
El cielo os dará
premio debido al intento
de un corazón tan piadoso.

D^a ANTONIA.
¡Qué valor tan generoso!

D. JUAN.
¡Qué prudente sentimiento

Vanse los dos.

MARTÍN.
Sólo por poderte hablar
a ti a solas, he fingido
que está despierto el herido.
y aún no puede respirar.

D. JUAN.
¿Qué te ha sucedido a ti,
que traes perdido el color?

MARTÍN.
Y tan perdido, señor,
que no sé dél ni de mí;
y me parece imposible
que puedas, sin ayudarte
el cielo, desentramparte
en un lance tan terrible:
digo que entró.

D. JUAN.
¿Quién entró?

MARTÍN.
Arredro vaya el demonio.

D. JUAN.
¿Quién ha entrado?

MARTÍN.
Don Antonio.

D. JUAN.
¿Qué don Antonio?

MARTÍN.
El que hirió
a don Luis.

D. JUAN.
¿Y de eso, di,
tan desalentado estás?

MARTÍN.
Y ya lo estoy mucho más
de verte alentado a ti,
subiendo por la escalera.

D. JUAN.
Lo que te toca es callar
ahora, y después guardar
secreto, y el fin espera.
Ya es fuerza, porque en mi daño [Aparte]
no se sepa que fui yo
quien en el Prado asistió,
proseguir con el engaño.

Sale don Antonio.

D. ANTONIO.
Mil años, señor don Juan,
os guarde Dios.

D. JUAN.
Y él os dé
entera salud. ¿De qué
venís así?

D. ANTONIO.
No me dan
las causas de mi cuidado
menos inquietud a mí.
¿Quién está con vos aquí?

D. JUAN.
Solamente este criado.

D. ANTONIO.
Solos nos puede dejar
por un rato.

D. JUAN.

Salte fuera.

MARTÍN.

Sin duda que esta quimera
nació para marear. Vase

D. ANTONIO.

Cuando los amigos son,
señor don Juan de Inestrosa,
tan leales que es forzosa
su noble reputación,
desconfianza parece
del que se viene a valer
de su amigo, encarecer
en la ocasión que se ofrece.
Dos cosas me han sucedido,
tan importantes las dos,
que solamente de vos
confiarlas he querido.

D. JUAN.

Hablad más quedo, y de mi
creed que en el bien y el mal
os seré amigo leal,
firme siempre.

D. ANTONIO.

Anoche di
sobre no sé qué porfía
una estocada a don Luis
de Cisneros.

D. JUAN.

¿Qué decís?

D. ANTONIO.

Y que supiéseis querría
si está de peligro o no.

D. JUAN.

Nadie en eso os servirá
con más gusto, ni podrá
saberlo mejor que yo.
Y en lo demás que de mí
os amparáis, saber quiero.

D. ANTONIO.

También con un caballero...

D. JUAN.

Mi desafío está aquí. [Aparte]

D. ANTONIO.

Sobre conocer quién era
quedamos desafiados
dos a dos, y concertados
para esta noche.

D. JUAN.

Quisiera
culpar la facilidad
de tener una pendencia
tras otra, mas no es prudencia
cuando ya de mi lealtad
favoreceros queréis:
y así después de salir
al campo, os podré argüir
en la culpa que tenéis,
porque con más evidencia
conozcáis de mi valor
que no os culpaba el error
por excusar la pendencia.

D. ANTONIO.

¿Cómo no habéis preguntado
si sois el que vais conmigo?

D. JUAN.

Porque soy tan vuestro amigo
que me toca vuestro lado
de derecho, y no he querido
que os ponga mi corazón
duda en la satisfacción
que de vos siempre he tenido.
¿Adónde quedó aplazado
el desafío?

D. ANTONIO.

Detrás
de Atocha, a las doce, y más
se anticipara el cuidado
de un vengativo deseo.

D. JUAN.
¿Y el caballero quién fue?

D. ANTONIO.
Vile embozado, y no sé
quién ha sido.

D. JUAN.
Yo os lo creo.
Pero ¿qué ocasión os dio
que quisisteis conocerle?

D. ANTONIO.
¿Qué mas ocasión que verle
hablar con mi dama yo?

D. JUAN.
¡Qué lejos debe de estar Aparte
de pensar lo que yo sé!
Al desafío saldré,
y me podéis esperar
antes del tiempo aplazado
en el sitio que decís.

D. ANTONIO.
Bien con la lealtad cumplís
que siempre habéis profesado.

D. JUAN.
Mirad que pienso que estáis
a peligro de que os vean
los que prenderos desean,
y así os suplico que os vais.

D. ANTONIO.
Sólo quisiera...

D. JUAN.
Idos vos,
que yo llevaré sabido
el peligro del herido.

D. ANTONIO.
Mil años os guarde Dios.

Vase y sale MARTÍN.

MARTÍN.
Jesús mil veces.

D. JUAN.
¿Qué has visto?

MARTÍN.
¿No basta haber escuchado?
Era contigo donado
el ingenio de Calixto
en cuanto toca a un enredo.
¿Cómo has de poder salir
desta trampa? ¿Piensas ir?

D. JUAN.
¿Pues cómo excusarlo puedo
si lo ha tratado conmigo?

MARTÍN.
¿Cómo has de hacer el papel
de dos en uno, y en él
el contrario y el amigo?
Cosas son que el pensamiento
de un hombre no comprende,
y si apurallas pretende
perderá el entendimiento.

D. JUAN.
De parte de tu ignorancia
no comprendes el fin
que en los discursos, Martín,
no hay conocida distancia.
Y después que un hombre ha estado
pensando en lo que ignoró,
si ve lo que no pensó
conoce lo que ha ignorado.

MARTÍN.
Si don Antonio supiera
que el herido en casa estaba,
de que yo casi temblaba,
¿qué le dirías?

D. JUAN.

Dijera
que estando en la puerta yo
pasó por la calle herido
y quise, compadecido,
curarle aquí.

MARTÍN.
Esa me dio
en la nuca.

D. JUAN.
Pues de todas
verás la fácil salida
si en tu ignorancia encogida
a confiar te acomodas.
Y volviendo al desafío
digo que conmigo irás
y la capa llevarás
con que él me vio.

MARTÍN.
Ya confío
de ti cualquier sutileza
Y sólo pienso esperar,
oír y ver, callar,
admirando tu destreza.

Sale don Enrique.

D. ENRIQUE.
Don Luis parece que está,
señor don Juan, fatigado,
y aunque de vuestro cuidado
puedo asegurarme ya,
os suplico permitáis
que Antonia y yo nos quedemos
aquesta noche y le demos
este alivio, si gustáis.

D. JUAN.
¿MARTÍN?

MARTÍN.
Señor.

D. JUAN.

Pongan luego
en el cuarto del jardín
mi cama.

MARTÍN.
Pobre Martín
con este desasosiego.

D. JUAN.
Dos cuartos hay divididos;
en el otro dormiré,
y así no replicaré
a ruegos tan permitidos.

D. ENRIQUE.
¿En qué he de poder pagar
tanto favor?

D. JUAN.
En creer
que en todo podéis hacer
vuestro gusto sin dudar.

D. ENRIQUE.
Entro a dar este consuelo
a mis hijos.
Vase.

MARTÍN.
Bien pudieras
hacer bien sin que tuvieras
tan a tu costa el desvelo.
Una liebre desdichada
de suerte su cama estima
que aún estando el galgo encima
suele no dársele nada.
Y a muchas cosas concedo
que te pudieras mover,
pero la cama ha de ser
comodidad a pie quedo,
que el mudar de cabecera
es ejercicio enfadoso
y muchas veces dañoso.

D. JUAN.
¿No ves, Martín, que no fuera

razón ni bien parecido
el borrar esta hidalguía
con una descortesía?

MARTÍN.

Naciste para encogido,
a pagar de mi dinero.

D. JUAN.

Tú, para necio no más,
pero advierte, ya que das
en ser tan gran majadero,
que el que pretende obligar
no sólo debe hacer bien,
pero ha de excusar también
las causas del murmurar;
y que sólo a ti te toca
obedecer y servir.

MARTÍN.

También me toca decir
que a esto llaman punto en boca.

Vanse y salen doña CLARA y doña LEONOR.

D.^a CLARA.

Mi temor y mi cuidado
a un mismo paso han crecido,
y hasta saber del herido
no he de tener sosegado
el corazón.

D.^a LEONOR.

También creo
que la inquietud que hay en ti
se me va pegando a mí
porque yo también deseo
saber si fue penetrante
esa herida, por quien ya
don Antonio ausente está.

D.^a CLARA.

Y aún pienso que tu semblante
me dice que del herido
sientes lo mismo que yo
del que se fue, porque hirió.

D.^a LEONOR.

Habíame parecido
no muy mal, y como has hecho
con atención lastimosa
de una pasión amorosa
camino para tu pecho,
así yo, por la piedad
y la sangre de una herida,
cerrando el paso a mi vida
se le abrí a mi voluntad.

D.^a CLARA.

Con eso me has consolado
muchísimo, que en mi culpa
me animará por disculpa
lo fácil de tu cuidado.
Y con iguales intentos,
ya que amor así lo ordena,
daremos con una pena
alivio a dos sentimientos.
Pero ya Teodora viene
y menos será el cuidado.
¿Qué dice?

Entra Teodora con manto.

TEODORA.

Di tu recado,
y aunque doña Antonia tiene
justa pena, no es el mal
muy grande, que quien le cura
me ha dicho que le asegura
que no es la herida mortal.
Dios sobre todo, señora,
como dicen en su engaño
los pronósticos del año.

D.^a CLARA.

Dios te dé salud, Teodora.

D.^a LEONOR.

¿Estaba el padre afligido?

TEODORA.

Él y doña Antonia están

en el cuarto de don Juan
con don Luis, que ha querido
don Juan que se cure allí;
y tan cortés se mostró
que a otro cuarto se mudó.

D.^a CLARA.

En toda mi vida vi
tan generosa hidalguía.

TEODORA.

Pues aún no lo sabes bien;
el gasto corre también
por su cuenta cada día,
y con todo se ha mostrado
tan espléndido y fiel
que fue Alejandro con él
un Corito en lo apretado.

D.^a LEONOR.

En él se verá cumplido
aquel refrán admirable
que de un padre miserable
se sigue un hijo perdido.

D.^a CLARA.

El gastar en la ocasión
con valor y con poder
no se debe encarecer
con nombre de perdición;
que solamente el que fue
sin ocasión dadivoso
es loco y no generoso,
pues da sin saber porqué.
Pero esto aparte dejado,
famosa ocasión tenemos
en que las dos podemos
aliviar nuestro cuidado;
de doña Antonia las dos
somos amigas.

D.^a LEONOR.

Así
me lo ha parecido a mí;
y hago testigo a Dios
que la he llegado a querer

con amor y con lealtad.

D.^a CLARA.

Pues en fe desta amistad
la podemos ir a ver.
Que aunque puede ser notado
de quien todo lo repasa
que vamos las dos a casa
de un hombre que no es casado,
el estar en cuarto aparte
con su hermano y el ser ella
también principal doncella
nos disculpa en esa parte.

D.^a LEONOR.

En ti parece que habló
la misma sabiduría.

D.^a CLARA.

Vamos, que el amor nos guía,
que es quien siempre disculpó.

TEODORA.

Vamos todas, que en fin
gran cazolada le espera,
que tampoco estoy muy fuera
de querer bien a Martín.

Vanse, y sale don Antonio.

D. ANTONIO.

Fía del mar soberbio el navegante
su caudal, sus designios y su vida,
porque vio por las ondas esparcida
tranquilidad segura en leño errante.
Arrójase al peligro el caminante
expuesto el cuello a la fatal herida
después que la intención del homicida
reconoció en la espada y el semblante.
Éste mira su fin en su enemigo,
riesgo es del otro el mar inexorable,
y al fin mira las ondas y el acero.
Y sólo yo, esperando a mi enemigo,
con el mal que padezco incontrastable,
sin saber quién me mata, sé que muero.

Sale don Juan, con la capa bordada, y Martín con la otra.

D. JUAN.

Espera, que el que está allí
presumo que es don Antonio.

MARTÍN.

Si no es visión del demonio,
también me parece a mí.
Y porque ya he prometido
que he de callar, no te quiero
repreguntar.

D. JUAN.

Majadero,
porfiado y atrevido,
yo que he querido emprender
esta invención no entendida,
algo sé de la salida
que en esto puedo tener.

MARTÍN.

Ya nos ha visto.

D. JUAN.

Pues vete,
y con esa capa espera
donde te he dicho.

MARTÍN.

Quisiera
ya que la noche promete
encubrirme, por oscura,
ver en lo que para yo.

D. JUAN.

¿Quieres que te mate?

MARTÍN.

No, que pareciera locura;
y no he de ser porfiado
porque aquí, según se ve,
más vale un «dos te daré»
que un «toma» determinado.
A esconderme me acomodo,
que soy chitón al quitar,

y tengo de reventar
si no lo escudriño todo.
Vase.

D. ANTONIO.

Éste es mi competidor,
pero parece que envía
al otro con quien venía:
Él es hombre de valor
y como solo me ve
no quiere nadie a su lado.
Lo que don Juan ha tardado
me admira y falta a la fe
que en él tenía fundada:
porque ¿quien de un hombre tal
dudara el ser puntual,
su palabra ya empeñada?
¿Quién va?

D. JUAN.

El caballero soy
del desafío del Prado.

D. ANTONIO.

Yo el que os ha desafiado,
y aquí esperándoos estoy.

D. JUAN.

¿De dos a dos no quedó
aplazado el desafío?

D. ANTONIO.

Un amigo de quien fío
mis acciones me faltó,
y así estoy sin compañía.

D. JUAN.

Y yo, porque solo os vi,
noblemente despedí
al que conmigo venía:
que un hombre que por su honor
se determina a reñir
sólo se ha de preferir
en más esfuerzo y valor.
Y debe el que quiere hacer
inculpable su osadía

reñir con más valentía
pero no con más poder.

D. ANTONIO.

Tanto me habéis obligado
que si posible me fuera
sólo por vos me venciera
en un amante cuidado.
Pero está tan ofendida
mi paciencia en mis celos,
que sólo buscan mis celos
los alientos de mi vida.
Y es tan grave el sentimiento
de mi ardiente corazón,
que falto a la obligación
por acudir al tormento;
demás que en el proceder
que mostráis es tal la muestra
que dais, que ya es causa vuestra
el dejaros conocer;
que cuando haya conocido
quién sois, sois tan valeroso
que podré quedar quejoso
de vos, pero no ofendido,
y mi fe y palabra os doy.

D. JUAN.

Esperad, no me la deis,
que no me la cumpliréis.

D. ANTONIO.

Noble caballero soy.

D. JUAN.

¿Qué importa si me habéis dado
otra también y he sabido
que no me la habéis cumplido?
Anoche, cuando en el Prado
heristeis un caballero,
me disteis palabra a mí
de iros, y os estáis aquí.

D. ANTONIO.

¡Válgame Dios! Sólo espero
que algunas señas me deis
demás de las referidas,

porque aunque son conocidas
puede ser que me engañéis.
Si me dijisteis allí
que me ausentase, al decillo
¿qué me disteis?

D. JUAN.
Un bolsillo
con cien escudos os di.

D. ANTONIO.
También sabéis que juré
que vuestros pies besaría
en sabiendo a quien debía
el favor que en vos hallé.
Y en fe de aquesta verdad
ya está mi espada rendida
a vuestros pies, y ofrecida
el alma en la voluntad.
Porque aunque mis celos fueran
áspides que venenosos,
impacientes y furiosos
el corazón me mordieran,
comprobado en mi intención
tan justo agradecimiento
antepongo al sentimiento
la fe de mi obligación.
Que el noble obligado ya
una vez, no se dispensa
con manos para la ofensa
de aquel que obligado está.
Y ya el deseo es mayor
que tengo de conoceros,
sólo para agradeceros
el amparo y el favor
que os he llegado a deber.

D. JUAN.
En veros agradecido
confieso que he recibido
el premio que he menester.

D. ANTONIO.
Pues ya que encubierto os vais
¿con qué más podré obligaros
y en lo que os debo pagaros?

D. JUAN.

En que no me conozcáis.

Vase.

D. ANTONIO.

No pudo mi confusión

llegar a mayor extremo,

pues con la ofensa que temo

tropecé en mi obligación.

Y cuando pretende avaro

de mi quietud el empleo

mi deseo, sólo veo

en mi nobleza reparo;

de donde vengo a pensar

que en el noble es justo ser

lo que debe agradecer

más que lo que sabe amar.

¡Válgame Dios! ¿Quién será

el que a un tiempo supo darme

ocasión para obligarme

tras los celos que me da?

Pero ya, si atiendo sabio

a interpretar su intención,

veré que la obligación

hace mayor el agravio:

el darme tras su favor

prisa a que me fuese ha sido

porque sin duda ha temido

el ser mi competidor.

Ya, malicias evidentes,

me puedo alargar aquí,

que en una noche me vi

con dos capas diferentes.

A este hombre he de conocer

si me costase la vida

porque ya ¿qué más perdida

que con celos no saber?

Sale don Juan con capa diferente y desembozado.

D. JUAN.¿Es don Antonio.

D. ANTONIO.

Yo soy.

D. JUAN.

Las doce son, ¿ha venido
vuestro contrario?

D. ANTONIO.
Y se ha ido.

D. JUAN.
¿Por qué?

D. ANTONIO.
Porque solo estoy.

D. JUAN.
Voyle a llamar.

D. ANTONIO.
Esperad,
que ya no puedo reñir
aunque volviese a venir
con menos dificultad.

D. JUAN.
¿Por qué?

D. ANTONIO.
Por el interés
de un favor que he recibido.

D. JUAN.
¿Luego habéisle conocido?

D. ANTONIO.
Menos sé agora quién es.

D. JUAN.
Enigmas son que no entiendo.

D. ANTONIO.
Y no me espanto, que aún yo,
que soy quien las engendró
por sí, no las comprehendo.
Más de espacio os contaré
el caso más prodigioso
que ha visto amante celoso,
y sólo aquí os pediré
don Juan, que me deis sagrado

en vuestra posada, a donde
sabré el misterio que esconde
un agravio imaginado.

D. JUAN.

Mirad que el herido está
peligroso.

D. ANTONIO.

En mis recelos
el averiguar mis celos
es lo que me importa ya:
y desta culpa me absuelvo
afligido o castigado.

D. JUAN.

Éste es ya lance apretado,
Aparte.
pero a todo me resuelvo.
Idos agora, no os vean,
que los deudos del herido,
según lo que yo he sabido,
mucho prenderos desean.
En el cuarto del jardín
de mi casa os entraréis
después, que en él hallaréis
a mi criado Martín.
Pero entrad con gran recato,
sin que nadie os pueda ver.

D. ANTONIO.

Sería el no obedecer
preciarme de ser ingrato.
Vase.

Sale MARTÍN.

MARTÍN.

¿Acabóse esta derrota?

D. JUAN.

Si supieras de mi enredo
el fin, perdieras el miedo.

MARTÍN.

No se me ha perdido gota,

y esto es saberte obligar,
que a no salir con mi tema
fuera a casa con postema
y tuvieras que curar.

D. JUAN.

Pues agora di, ¿qué infieres
de la confusión primera
en que estabas?

MARTÍN.

Que quisiera
publicar a voces que eres
en lo sutil de tus lazos
por setecientas razones
Celestina con calzones
y un Merlín sin embarazos.

D. JUAN.

En esto de haber pedido
que en mi casa quiere estar
hay mucho que imaginar
y aún que temer.

MARTÍN.

Entendido
el caso, lo entiendo todo;
dile que yo he de asistir
a no dejarle salir
del cuarto, y dejadme el modo.

D. JUAN.

¿Qué le daré por descargo
de que don Luis allí
esté curándose, di?

MARTÍN.

Esto tomo yo a mi cargo;
y a ti asegurarte puedo
que con mi ingenio y con arte
he de ser segunda parte
de lo sutil de tu enredo.

D. JUAN.

Vamos, que de ti confío
la mitad de lo que importa.

MARTÍN.

Mucho tu ingenio se acorta,
que a todo se atreve el mío,
aunque entiendo que es peor
para agradarle porque
más abatido se ve
aquel que sirve mejor.

Vanse y sale don Enrique y doña ANTONIA.

D. ENRIQUE.

En cualquier parte que estés
ninguna razón te ordena,
aunque la casa es ajena,
que dejes de ser cortés.
Sal, Antonia, a recibir
a doña Clara y su prima,
cuya intención nos estima
y las debemos servir.
Ya suben las escaleras.

D.^a ANTONIA.

Muy bien en esta ocasión
me dan a entender que son
mis amigas verdaderas.

Salen doña CLARA, doña Leonor y TEODORA.

D.^a CLARA.

Sabe, amiga de mis ojos,
el cielo lo que he sentido
la pena que habéis tenido
con tan injustos enojos;
y aún hago testigo a Dios
que iguales al padecello
deudora habéis sido en ellos
de lágrimas a las dos.

D.^a ANTONIA.

A tan debida amistad
también el alma las llora,
confesando ser deudora
de tan hidalga piedad;
porque ingratitud sería
no pagar mi corazón

tan debida obligación
con lágrimas de alegría:
ya mi hermano está mejor.

D.^a LEONOR.

Cuando las dos lo supimos
a un mismo tiempo partimos
el consuelo en el dolor.

D.^a CLARA.

Fuerza, señor don Enrique
en esta ocasión será
que cuanto en mi casa está
si es menester os suplique
que dello y de mí os sirváis.

D. ENRIQUE.

Mucho dudara de mí
si no lo creyera así
por la sangre que heredáis.
La conocida largueza
del señor don Juan es tal
que con pecho liberal
y generosa grandeza
cuida de todo.

D.^a ANTONIA.

Y de darme
mucho agora en qué pensar, Aparte.
que tal modo de obligar
más es para cautivarme
que para dar a entender
su condición generosa.

Sale don Juan.

D. JUAN.

No pensé que tan dichosa
podía esta casa ser:
de una desgracia ha nacido
mil veces una ventura
como agora lo asegura
este favor recibido.
Y así lo juzgo también
en desdicha y dicha tal,
pues sólo de tanto mal

pudo nacer tanto bien.

D.^a CLARA.

Quiso el señor don Enrique
hacer breve información
de la justa obligación
que confiesa; y sin que aplique
más que la fe que ha tenido,
para testigo nos llama
de la alabanza y la fama
que en esto habéis merecido;
y nos estaba diciendo
lo que os debe y lo que hacéis.

D. JUAN.

Si os pidió que me culpéis
ya, mi señora, pretendo
enmendar mi cortedad.

D. ENRIQUE.

A mí sólo me tocara
responder, si no pensara
que conocéis la verdad.
Tan agradecido estoy,
obligado y satisfecho
en el bien que me habéis hecho,
que con todo cuanto soy
es imposible pagar;
y el mejor encarecer,
en llegado a conocer
el beneficio, es callar.

D.^a CLARA.

Que nos deis licencia os pido,
señor don Juan, para entrar
mi prima y yo a visitar
a don Luis.

D. JUAN.

No he tenido
en mi casa mayor bien
que el profesar de obediente.

D.^a CLARA.

No os olvidéis del ausente.
Aparte los dos

D. JUAN.

En mi memoria también
le tengo, porque es muy claro
que en serviros soy dichoso.

D.^a CLARA.

No sólo sois generoso
pero muy gran cortesano.

Vanse y queda don Juan. Sale Martín.

MARTÍN.

Ya está metido, señor,
en el cuarto del jardín
don Antonio.

D. JUAN.

Pues Martín,
otra confusión mayor
tenemos ya que temer:
En casa está doña Clara
con su prima, y si repara
que se ha venido a esconder
para averiguar sus celos
a donde su dama está,
que doy imaginará
ocasión a sus recelos,
y he de parecer culpado
viendo a doña Clara aquí,
sin hallar disculpa en mí
porque ignora lo del Prado.

MARTÍN.

¿A qué las dos han venido?

D. JUAN.

A ver a don Luis será,
con achaque de que está
con él su hermana, y te pido
que vivas más cuidadoso.

MARTÍN.

Eso, señor, del cuidado
a un enredador donado,
no a un hombre tan ingenioso.

Sobre estar las dos aquí
y el herido, y ser mayor
el peligro, es ya menor
la confusión que hay en mí.

D. JUAN.
Con no verlas...

MARTÍN.
¿Cómo no?
Cuanto hay en casa ha de ver
y no hemos de padecer
en la opinión tú ni yo.

D. JUAN.
¿Cómo puede ser?

MARTÍN.
Señor,
al principio de tu enredo
dije yo lo mismo y puedo
ser ya tu competidor.
Mientras yo me quedo aquí
deténme allá a doña Clara.

D. JUAN.
Por ver sólo en lo que para
quiero obedecerte a ti.
Vase.

Sale don Antonio.

D. ANTONIO.
¿Estás solo?

MARTÍN.
Solo estoy,
y sola la casa ya.

D. ANTONIO.
¿Puedo salir?

MARTÍN.
Claro está.

D. ANTONIO.

Haz cuenta, Martín, que soy
tu preso, y que no he de hacer
más de lo que tú quisieras.

MARTÍN.

Eso te importa, si quieres
averiguar y saber
si doña Clara ha ofendido
la pureza de tu amor.

D. ANTONIO.

Para saberlo mejor
que me des licencia pido:
porque pretendo rondalle
toda esta noche la casa.

MARTÍN.

Mal sabes tú lo que pasa.
(El dinero he de pescalle) Aparte.
Como me guardes secreto,
sin salir de aquí verás
cuanto quisieras y más,
que mucho más te prometo,
que para mí todo es poco:
¿ves esta sortija?

D. ANTONIO.

Sí.

MARTÍN.

Pues metido tengo aquí
un Familiar.

D. ANTONIO.

¿Estás loco?

MARTÍN.

En metiendo en el oído
el dedo, sé cuanto quiero.

D. ANTONIO.

Por muy grande majadero
debes de haberme tenido.

MARTÍN.

Dime, ¿ignorancia no fuera

viendo el sol, negar el día?

D. ANTONIO.

Claro está que lo sería,
y muy grande; pero espera:
pregunta a ese Familiar
algo de lo que pasó
cuando en el Prado herí yo
a don Luis, que con dar
señas de alguna razón
lo creeré.

Mete el dedo en el oído.

MARTÍN.

Si en esto está,
espera.

D. ANTONIO.

Caso terrible,
todo en el mundo es posible.

MARTÍN.

Toda tu historia sé ya:
dice que saliste al Prado
con don Luis y otro amigo
que fue de todo testigo;
y habiendo diferenciado
si el mundo se acaba o no,
la criada de tu dama
(que él dirá cómo se llama
si importa) a pedir llegó
que la sacasen un barro
de agua de la fuente, y luego
tú, precipitado y ciego,
con espíritu bizarro,
viendo a don Luis asido
al barro, que ya tenía,
dijiste que no querías
confesarle preferido
en nada, y él enojado
sintió que no le quisieras
soltar y le compitieras.
Y en una parte del Prado
sacaste con él la espada;
pero apenas la sacó

don Luis, cuando cayó
herido de una estocada.

D. ANTONIO.

Pregunta que quién estuvo
cuando reñía a mi lado.

MARTÍN.

Dice que un hombre inclinado
a ti, que porque te tuvo
inclinación te ayudó,
y porque no peligrases,
te pidió que te ausentases
y cien escudos te dio.
Y que queriendo los dos
reñir después, no lo hiciste
tú, por sólo que supiste
que él era.

D. ANTONIO.

¡Válgame Dios!
Digo que estoy convencido,
que otro, Martín, que no fuera
el demonio, no supiera
todo lo que has referido.

MARTÍN.

Pues esto es sólo hasta aquí
lo que has querido saber,
y agora te falta el ver
cuanto quisieres.

D. ANTONIO.

En mí
tendrás, MARTÍN, un esclavo,
y agora sólo te doy
estos cien escudos.

MARTÍN.

Hoy
me echas dos eses y un clavo.

D. ANTONIO.

¿Mostrarásme a doña Clara
y a su galán?

MARTÍN.

Un conjuro
como aqueste, estés seguro
te lo traerá cara a cara.
Y de razones acorta,
y adentro te vuelve a entrar
que esto es lo que agora importa,
y si ve que le obedeces
será tu amigo desde hoy.

D. ANTONIO.

Pues di que por él me voy.

MARTÍN.

Sí diré.

D. ANTONIO.

¡Jesús mil veces!
Aparte.

MARTÍN.

Mucho más el don Antonio
se hará cruces de admirado
cuando sepa que ha tragado
un Familiar sin demonio.

TERCERA JORNADA

Sale don Juan y Martín, criado.

MARTÍN.

Supuesto que lo creyó,
¿de qué sirve el admirarte?

D. JUAN.

La ventaja puedo darte
de más ingenioso yo.
Pero fue notable cosa.
¿Familiar? ¿Que más creyera
una mujer que estuviera
enamorada y celosa?
De don Antonio me espanto.

MARTÍN.

Séneca (como ello fue)
lo creyera, con la fe,
la admiración y el espanto
de ver que le referí
cuanto en el Prado pasó,
sin pensar que pude yo
saberlo ni estar allí.

Y si no le hubiera dado
con esta, fuera intentar
reducir a un charco el mar
querer tenerle encerrado;
que con el grave dolor
de un abrasado accidente,
saliera resueltamente
a pecorea de amor.

Y todo aquello que quiero
que haga, sin replicar,
con decir que el Familiar
me lo ha dicho a mi primero,
me obedece, y lo dispongo
de suerte que todo el día
se quita, sin orden mía,
del lugar donde le pongo.

Y aunque es verdad que ha tenido
el pensamiento dudoso,
como es lance tan forzoso
el haberle prometido
que le tengo de enseñar
cuanto aquí quisiere ver,
sólo en virtud del poder
del fingido Familiar,
se ha venido a persuadir
a que puede ser, y espera
en la conclusión postrera
a ver para no argüir.

D. JUAN.

¿Y qué es lo que ver desea?

MARTÍN.

Su dama y el embozado
del desafío del Prado.

D. JUAN.

Y eso, ¿cómo harás que sea,

habiéndose ido agora
a su casa doña Clara?

MARTÍN.

Es verdad, pero repara
en que me ha dicho Teodora
que esta noche ha de volver;
ve por ella, y al entrar
por aquí puedes pasar.

D. JUAN.

Pues si llega a conocer
que yo soy el embozado
acabado está el enredo.

MARTÍN.

Por esto digo que puedo
competir con tu cuidado.
¿Este no es el patio?

D. JUAN.

Sí.

MARTÍN.

Pues por aquí fingirás
que por el sereno vas
embozado, y luego a mí,
como guardes la instrucción
que te diere, en lo demás
me deja, que tú verás
la más airosa invención
que pienso, y, no pienso mal,
que humano ingenio ha trazado.

D. JUAN.

Ya no me hallo empeñado
y aunque pienso que no es tal
tu discurso entretenido,
esperaré el fin.

MARTÍN.

Repara
en que al entrar doña Clara
a visitar al herido
te has de volver a salir
con una seña que hiciere,

que ha de ser cuando tosiere.
Y apercíbete a reír
la más gustosa tramoya
que han seguido los mortales
de Madrid en sus Corrales.
Un Paladión sin Troya
se ha de ver en esta casa,
y en el original
del sutil Masecoral
y el juego del pasa pasa.

D. JUAN.

Supuesto que he de esperar,
como ya te he dicho, el fin,
yo voy resuelto, Martín,
a obedecer y callar.
Vase.

MARTÍN.

La puerta tengo cerrada
porque no vea quién viene
ni quién sale, y casi tiene
la cerradura empañada
a puro brujulear;
porque un celoso encerrado
abrirá por un tejado
resquicios para mirar.
Abrir quiero, no reviente
en tan estrecha clausura,
que de un amante se apura
la paciencia fácilmente.

Abre y sale don Antonio.

¿Cómo va de encerramiento?

D. ANTONIO.

De suerte, Martín, me va
que me va faltando ya
la vida y el sufrimiento,
¿No has visto pájaro inquieto
que de la jaula procura
con la audacia mal segura,
sin temor y sin respeto,
romper la distancia breve
para salir a volar,

sólo con fin de cobrar
la libertad que se debe?
Pues así yo, detenido
en la prisión de mis celos,
mis ansias y mis desvelos,
con movimiento oprimido
salir quisiera a romper
estas regiones baldías
del amor, donde son mías
las causas del padecer.

MARTÍN.

¿Luego ya se te ha olvidado
que te he de enseñar aquí
cuanto quisieres?

D. ANTONIO.

De ti
puedo vivir confiado
por lo que me has dicho ya;
pero cuando considero
que te he creído y que quiero
lo que has dicho, me da
vergüenza el haber creído
lo que tantos han dudado.

MARTÍN.

Eso viene aquí sobrado
con lo que yo he prometido.
Si el demonio lo ha de hacer
y se lo puedo mandar,
¿Para qué es dificultar
lo mismo que se ha de ver?
Siéntate aquí y esperemos
a que anochezca, y verás
cuanto quisieres.

D. ANTONIO.

Estás
tan constante en los extremos

Siéntanse.

desta locura en que has dado,
que aunque te rías de mí
después porque te creí,

te creo y ya estoy sentado
para esperar, porque ya
pocos lances ha de haber
en ver y dejar de ver.

MARTÍN.

Lo que te he dicho será
cosa infalible.

D. ANTONIO.

¿Por dónde
ese Familiar te vino?

MARTÍN.

Por un caso peregrino
que a mi atención corresponde.
Yo, por mis grandes pecados,
una comedia compuse,
(que soy poeta); en que puse
muchos pasos ajustados
a la verdad, y aquel día
fue para mi perdición
silva de varia lección
la cruel mosquetería.
Pero de suerte sentí
el verme ya condenado
a cencerro destemplado
que al demonio me ofrecí.
Aparecióseme y dijo:
«No temas, contigo estoy
y poeta también soy».
Y fue tanto el regocijo
de verme ya consolado
que otra comedia empecé,
y después que la acerté
ando siempre endemoniado.

D. ANTONIO.

La primer copla me di.

MARTÍN.

Quisiera...

D. ANTONIO.

Por vida mía.

MARTÍN.

Era en Polonia, y decía
en un monte un alfaquí:
«Céfiro penetrante en tus candores,
que al armígero son de las ideas
clarificando tirios esplendores
en tus coluros íntimos aleas,
si en florecientes piras y clamores
por la región turquí te bamboleas,
inspira, clamorea, mundifica,
taladra, reconcentra y multiplica».

D. ANTONIO.

Valentísimo capricho
de versos, heroico y breve.

MARTÍN.

Pues el demonio me lleve
si yo sé lo que me he dicho.
Ni tú, ni el pueblo ni yo
no lo habemos entendido,
pero celebra al ruido
lo que piensa que entendió;
que como todo es follaje,
estampido y batahola,
sin que haya al rodar la bola
quien la tenga ni la ataje,
el que menos comprende
más procura celebrar
solamente por no dar
a entender que no lo entiende.
Y en este estilo perverso
de lo crespo y lo aturdido
pasa a sombras del sonido
toda chilindrina en verso.

Suena ruido y levántanse.

Espera, que suena ya
gran ruido en la sortija;
nada te espante y aflija:
tu dama salido ha
de su casa con su amante.

D. ANTONIO.

¿Qué importa, si no los veo?

MARTÍN.

Pues que lo veas deseo
todo junto en un instante.
En esta reja que mira
al patio vete a poner,
que por ella lo has de ver.

D. ANTONIO.

Sólo en oírte respira
mi confuso corazón.

Entre y póngase a una reja baja.

MARTÍN.

Lo que es verdad pensará
que es aparente y será
diabólica la invención.

D. ANTONIO.

Ya estoy aquí.

MARTÍN.

Mira atento
(que por aquí pasarán)
de la manera que van.

D. ANTONIO.

Déme el cielo sufrimiento.

Sale don Juan embozado con la capa bordada, doña CLARA, doña Leonor y Teodora,
y pajes con hachas. Salen por una puerta y éntanse por otra.

MARTÍN.

¿ves a doña Clara?

D. ANTONIO.

Sí,
y a su prima y su criada.

MARTÍN.

Pues calla y no digas nada
que esto es lo que importa aquí.

D. ANTONIO.

Di, Martín, al Familiar

que descubra al embozado,
que si no, con el cuidado
con que estoy me he de quedar.

MARTÍN.
Siempre el demonio enseñó
al hombre que quieren ver
como le vieron.

D. ANTONIO. Perder
es fuerza el juicio yo.

Quítase de la reja y sale fuera.

MARTÍN.
¿Dónde vas?

D. ANTONIO. Arrebatado
de mis celos, voy tras ellos.

MARTÍN.
Un espíritu va en ellos
solamente imaginado
y visto en tu pensamiento,
y una sombra vana y fría
formada en la fantasía
y ya deshecha en el viento.

D. ANTONIO.
¿Es lo que he visto verdad?

MARTÍN.
Verdad en lo que se vio,
pero en lo corpóreo no,
que el demonio en potestad
ilusiva y por ideas
hace a los ojos presente
lo que quiere y aparente:
¿has visto lo que deseas?

D. ANTONIO.
Pues déjame ir a saber
a dónde va doña Clara
con aquel hombre.

MARTÍN.

Repara
en que lo podremos ver
(si quisieres) juntos los dos
por señas, que ya he sabido
que van a ver el herido
del Prado.

D. ANTONIO.
¡Válgame Dios!

MARTÍN.
¿Tendrás ánimo?

D. ANTONIO.
Arrogante
y valiente es mi deseo.

MARTÍN.
Es el demonio tan feo
que no quiero que te espante,
y con los ojos cerrados
nos pondrá donde lo veas;
pero si verlo deseas
no digas en tus cuidados
«Jesús», que te soltará
de lo más alto del vuelo.

D. ANTONIO.
A mi sufrimiento apelo
y cierro los ojos ya.

MARTÍN.
Cuantas reliquias tuvieres
te has de quitar.

D. ANTONIO.
Sólo tengo
un rosario.

MARTÍN.
Yo prevengo
lo que importa, no te alteres.

D. ANTONIO.
Vesle aquí, pero repara
en que demás del decoro

por lo que es y por el oro,
fue un favor de doña Clara.

MARTÍN.

Una cruz de oro te vi
hoy en el pecho.

D. ANTONIO.

Cuidado
tienes de todo; olvidado
se me había, vesla aquí,
que no quiero aventurar
el remedio de mi pena.

MARTÍN.

Demonio en Sierra Morena
parece este Familiar. *Aparte.*
Mira bien si hay más despojos
en tu persona que darme.

D. ANTONIO.

No tengo más que quitarme.

MARTÍN.

Pues vuelve a cerrar los ojos.

Cierra don Antonio los ojos y cógele Martín de la mano.

D. ANTONIO.

Quien agora me ha cogido
Aparte.
la mano el demonio es
sin duda, porque después
que me la asió le he temido.

Ha de toser y salir don Juan e irse por la otra puerta.

Que voy andando parece
pero sin duda es volar
lo que pienso que es andar,
que el espíritu enflaquece
su aliento.

MARTÍN.

Volando va *Aparte.*
con la aprensión y el deseo

tan persuadido que creo
que está endemoniado ya.

Levanta el tafetán del vestuario Martín.

Abre los ojos agora
y mira cuanto has dudado,
quedarás desengañado
de lo que tu pecho ignora.
Mira a doña Clara allí
Hablando con el herido,
porque a saber ha venido
lo que pretende de ti.
Y mira más adelante
a la prima y la criada,
una a la cama arrimada
y la otra más atrás,
compungida.

D. ANTONIO.

Ya las veo,
pero ver, Martín, deseo
al embozado no más.

Sale don Juan con otra capa.

D. JUAN.

A mil voces que te he dado
¿dónde estás, que no pareces?

D. ANTONIO.

¡Jesús infinitas veces!

D. JUAN.

Válgame Dios, ¿qué os ha dado?
Que según estáis mortal,
aliento y color perdidos
se deshacen desmentidos
en el soplo occidental
de la muerte. ¿Qué tenéis?

D. ANTONIO.

¿Cómo, cuándo? Turbado.

D. JUAN.

¿Sin color

y turbado? Algún dolor
presumo que padecéis.

D. ANTONIO.

Dejadme volver en mí,
que no sé qué turbación
me ha dado en el corazón
que aún no sé si estoy aquí
donde vos me estáis hablando.

D. JUAN.

¿Pues adónde habéis de estar?

MARTÍN.

Acabóla de tragar. Aparte.

D. JUAN.

¿Qué estáis suspenso y mirando
a todas partes? Si soy
vuestro amigo, declaradme
vuestra confusión y dadme
parte della, que aquí estoy
para ayudaros en todo.
La casa está sola, hablad.

D. ANTONIO.

No hay poner dificultad
en lo que vi. Aparte.

D. JUAN.

Extraño modo
de admiración os ha dado.
Por si alguien entrare aquí
¿queréis retiraros?

D. ANTONIO.

Sí.

Vanse los dos.

MARTÍN.

Vive Dios que se ha pasmado;
a lindo tiempo salió
mi amo, que ya pedía
el embozado y tenía
notables temores yo.
Cuantas cosas me han contado

por ciertas y verdaderas
de ilusiones y quimeras
conozco que es inventado
por lo que me pasa a mí.
¿Quién duda que don Antonio
contará que fue el demonio
el que le ha mostrado aquí
todo aquello que ha querido?
Y aún pienso (y pienso bien yo)
que ha de decir que lo vio
supuesto que lo ha creído.
Y si siempre se apurara
cuanto sucede, se viera
que todo es desta manera
y ninguno se engañara.

Sale TEODORA.

TEODORA.
Bendito sea Dios, Martín,
que en esta casa veo.

MARTÍN.
Éste ha sido, según creo,
virote del dios Machín
y me tengo de estimar.
Ando en cierta ocupación
porque han dado en porfiar
más de setenta mujeres
en que las he de querer
y no me han de convencer.

TEODORA.
¿Y de buenos pareceres?

MARTÍN.
Excelentes.

TEODORA.
Pues, Martín,
claro está que si dijera
que te quiero, que tuviera
en mis intentos mal fin.

MARTÍN.
¿Qué edad tendrás?

TEODORA.

¿Para qué?

¿Soy mula yo, que se vende?

MARTÍN.

En las mujeres me ofende
la mucha edad, y no sé
si las podré desear
de treinta arriba.

TEODORA.

¿Pues treinta
son muchos años?

MARTÍN.

La cuenta
se empieza allí a despeñar;
y estoy tan empalagado
que en treinta he puesto el mojón
que parte jurisdicción
entre mi gusto y mi enfado.

TEODORA.

Bien haces si puede ser.

MARTÍN.

Pues por eso fuera error
no apetecer lo mejor
porque tengo en qué escoger.
Y porque tu condición
no dude y se escandalice
oye un soneto que hice
a esto en cierta ocasión:

De quince a veinte es niña; buena moza
de veinte a veinticinco, por la cuenta;
gentil mujer de veinticinco a treinta,
dichoso aquel que en tal edad las goza.
De treinta a treinta y cinco no alborozan
ni ya pica en el gusto su pimienta;
pero de treinta y cinco hasta cuarenta
ya tiene esparavanes y se roza.
En llegando a cincuenta ya es figura
consultada en cadáver macilento,
y de sesenta es muerte averiguada.

Dichoso el que de quince las procura,
que la culpa del sexto mandamiento
nunca está en muchos años disculpada.

TEODORA.
Yo tengo catorce.

MARTÍN.
Fuego,
mira que te hace un pesar.

TEODORA.
¿Qué pesar?

MARTÍN.
Ir a sacar
la fe del bautismo luego.

TEODORA.
No dudo de que lo harás
según eres.

MARTÍN.
Quien se quita
lo que Dios le da, permita
este agravio y muchos más.

TEODORA.
Ahora, bien: yo te pretendo
hacer, Martín, un gran bien.

MARTÍN.
Sepamos cómo y por quién.

TEODORA.
Mi ama se está muriendo
por saber adónde está
el que a don Luis hirió,
que es su amante.

MARTÍN.
Bien sé yo
que lo es.

TEODORA.
Pues te dará,

si te llegas a informar
dónde le podrá escribir,
cuanto le puedes pedir.

MARTÍN.

De todos he de pescar.

TEODORA.

Como ve que está el herido
tan bueno, y que se levanta,
y su voluntad es tanta,
quiere ver si al afligido
ausente puede traer
para hacer las amistades.

MARTÍN.

Finezas de voluntades
fáciles son de creer.
Pues no hay quien le pueda dar
noticia dél como yo.

TEODORA.

¿Y fuese muy lejos?

MARTÍN.

No,
que no salió del lugar;
que es siempre lo más valido,
y esto hace el delincuente
cuando es astuto y prudente,
porque piensan que se ha ido
los que de prendelle tratan,
y nadie le busca en él.

TEODORA.

Pues como tú digas dél
tus desdichas se rematan,
premiado tú.

MARTÍN.

Como fuere
la dádiva te querré.

TEODORA.

Nunca fue mucha la fe
del que interesado quiere.

Vase.

MARTÍN.

Está ya el mundo de modo,
de encogido y apretado,
que el amor de más cuidado
es comodidades todo.

Sale don Juan.

D. JUAN.

¿Qué has hecho, demonio, di,
a este pobre caballero
que está sin juicio entero
desde que se fue de aquí?
Y parece que al hablar
(según muestra el sentimiento)
que por cuenta de otro aliento
le han dejado respirar.
Todo es santiguarse, y mira
tan suspenso y admirado
que pienso que le has turbado
el alma con que suspira,
perdido el color; y advierte
que aquí se quiere volver,
porque dice que ha de ver
su desengaño o su muerte:
¿Qué le has dicho o qué le has hecho?

MARTÍN.

Mostralle lo que hay en casa,
y el corazón se le abrasa
y no le cabe en el pecho.

D. JUAN.

¿Pues ha visto a doña Clara?

MARTÍN.

Y a don Luis, y a los demás.

D. JUAN.

Loco imagino que estás.

MARTÍN.

Sólo en que tengo repara,
el embeleco a mi cargo,

y que tengo un Familiar
para con él, que ha de dar
color a cualquier descargo.
Cuanto ha visto es aparente
según piensa, y ha creído
que fue en casa del herido
por el aire, y solamente
lo atribuye todo aquí
al Familiar.

D. JUAN.

Testimonio

vas dando de que el demonio
eres tú: ¿que estás en ti?
¿Y si este hombre porfiase
a entrarse (como lo hará)
donde don Luis está
y al fin se desengañase
de que es engaño y mentira
cuanto le has hecho creer?
¿Qué dirá?

MARTÍN.

No hay que temer,
que un enredador respira
siempre de un engaño a otro
cuando lo sabe entender;
y aquel que acaba de hacer
da motivo para esotro.

D. JUAN.

Ni yo te entiendo, ni sé.

MARTÍN.

¿Tienes algún alguacil
muy amigo?

D. JUAN.

Tengo mil;
pero dime, ¿para qué?

MARTÍN.

Haz que entre en casa fingiendo
que viene a prenderle y di
que finja, viéndole aquí,
que no le ve.

D. JUAN.
No te entiendo
ni comprendo, Martín,
esta segunda invención.

MARTÍN.
Pues prevén tu admiración
para cuando llegue el fin.

D. JUAN.
Si esto que se va trazando
mira todo a la quietud
de don Antonio, virtud
parece el irle engañando.
Demás desto, ¿qué he de hacer?

MARTÍN.
Decir que estás informado,
de un aviso que te han dado,
que le vienen a prender,
y que se entre le aconseja
aquí.

D. JUAN.
¿Dónde está el herido?
¿Has el juicio perdido?

MARTÍN.
Haz lo que te digo y deja
a mi cargo el fin y el modo.

D. JUAN.
Ya es en mi curiosidad
el seguir tu voluntad
y he de obedecerte en todo.
Vase.

Sale doña Clara.

D.^a CLARA.
Martín mío.

MARTÍN.
Mi señora.

D.^a CLARA.

La dichosa admiración
que ha hecho en mi corazón
lo que me ha dicho Teodora,
me saca a buscarte agora,
que si es verdad tu recado
es tal mi amante cuidado
y mi fe tan verdadera
que aún antes de hablar quisiera
que estuvieras ya premiado.
Es la alegría, Martín,
compañera de la vida,
y una ausencia muy sentida
quien solicita su fin;
que no hay gustoso festín
en corazón impaciente
cuando el espíritu siente.
Porque mal podrá vivir
un cuerpo que ha de sufrir
las penas de un alma ausente.
Si de don Antonio sabes
tuyo es, Martín, mi poder,
y aún les quedaré a deber
a tus palabras suaves.
Y porque mejor te alabes
de que has sabido obligar,
merecer y granjear,
dime si me has de decir
que le has visto, y al pedir
verás antepuesto el dar.

MARTÍN.

Tanto decirte pudiera
de lo que sé dónde está
que sólo me falta ya
traelle en la faltriquera.
Cuanto dice, cuanto espera
sé, tan asido al intento
de su amante pensamiento
que al hablar y al responder
me pudiera yo meter
entre su boca y su aliento.

D.^a CLARA.

Si algunas señas me dieras
te creyera más segura.

MARTÍN.

Hacer el turco procura
sus órdenes verdaderas
en provincias extranjeras
dándole a su embajador
su sello, y aquí el amor
prevenido y voluntario
hace sello de un rosario
que tú diste por favor.
(Saca el rosario.)

¿Conócesle?

D^a CLARA.

Agora sí,
Martín mío, te creeré
y los brazos te daré.

MARTÍN.

No es muy gran dádiva.

D^a CLARA.

Aquí
tengo para darte a ti
esta cadena y diamante
hasta después.

MARTÍN.

El turbante
de tres Gran Turcos no es
para escarpín de tus pies
ni calceta de tu amante.

D^a CLARA.

De la visita salí
y no quiero dar lugar
a que se pueda fundar
alguna sospecha en mí,
que es mozo don Juan, y así
ya que debe mi atención
recatos a mi opinión,
de amistades trataré
con don Luis y volveré
a decirte mi intención.
Vase.

Sale don Antonio.

MARTÍN.

Aquí viene don Antonio.
¿Adónde vas?

D. ANTONIO.

A esconderme
porque vienen a prenderme.

MARTÍN.

Ya me lo ha dicho el demonio,
y poco dél te confías;
invisible quiere hacerte
y no tienes que esconderte.

D. ANTONIO.

Suéltame.

MARTÍN.

¿Pues tú porfías
contra la gran potestad
de un Familiar a quien tú,
en virtud de Belcebú,
fiaste tu voluntad?
Agora dio en la sortija
un gemido, que si fuera
posible que otro le oyera
no quedara sabandija
en toda esta casa en pie.

D. ANTONIO.

A estotro cuarto me envía
don Juan.

MARTÍN.

Pues de mí confía
que tu bien y tu mal sé.
Aquí has de estar transformado
en viento sin que te vea
la misma región lethea,
lince del menor pecado.
Y si estando junto a mí
te viere el que te buscó,
mis orejas tengo yo
hipotecadas aquí.

Y quiero, cuando autorices
mi culpa, como la veas,
que como otros muchos seas
acreedor de mis narices.

D. ANTONIO.

Mira si vienen, Martín.

MARTÍN.

Ya eres espíritu puro
y estás más libre y seguro
que en el mar hondo un delfín.

Sale un alguacil.

¿A quién busca en esta casa
vuesa merced?

ALGUACIL.

Yo me entiendo.

MARTÍN.

Yo también lo sé, y pretendo
que no se canse si pasa
a esotro cuarto a buscar
un delincuente.

ALGUACIL.

Es así,
pero he de buscarle aquí
y allá y en cualquier lugar.

MARTÍN.

Lo que es aquí, bien se ve
que no está.

ALGUACIL.

Si aquí estuviera
claro está que yo le viera.
Ni comprendo ni sé Aparte.
el misterio, pero hago
por don Juan lo que ha pedido.

MARTÍN.

Del todo está persuadido Aparte.
y ha de presumir que hago

cuerpos de materia leve
y en la voz piensa que está
todo su peligro ya,
y no habla ni se atreve.
Ya es verdadero en su fe
cuanto puedo yo mentir.
Seguro te puedes ir
donde quieres.

D. ANTONIO.
Sí haré.

Échele por la puerta por donde entró.

ALGUACIL.
¿No me diréis, gentilhomme,
esto para qué se hace?

MARTÍN.
De cierto misterio nace
con que no es bien que os asombre;
y sólo saber podréis
por lo que tengo entendido.
que es mi amo agradecido
y que no lo perderéis.

ALGUACIL.
Claro está que si no fuera
por él que no le dejara,
y que preso le llevara
como yo una vez le viera,
pero debo a su amistad
lo más deste desacierto.

MARTÍN.
Sois un valeroso injerto
de justicia y de piedad.
Vanse.

Salgan don Luis con banda, doña CLARA, doña Antonia,
Teodora y don Enrique y doña LEONOR.

D. LUIS.
Estoy tan agradecido
a tantas cosas, que creo
que se confunde el deseo

de obligado y convencido,
pero tan bien repartido
que en la menor amistad
es tanta la cantidad
con que por sí asiste y sobra,
que en muchos números obra
con una misma unidad.

D.^a CLARA.

De mí sé decir que he sido
en el peligro pasado
la que menos ha obligado
y la que más ha sentido.

D.^a LEONOR.

Y yo por haber tenido
tanta parte en el temor,
en la pena y el dolor,
con razón probar intento
que no fue mi sentimiento
el postrero ni el menor.

D.^a ANTONIA.

Muy bien me puedo atrever
con las dos a competir
pues tuve yo que sentir
y tengo que agradecer.
Y en dos partes vengo a ser
la que doy satisfacción
a dos causas, sin razón
en mi sangre y mi nobleza,
una por naturaleza
y otra por obligación.

D. ENRIQUE.

Con decir sólo que soy
padre, queda averiguada
mi parte.

TEODORA.

Y con ser criada
la mía.

D. LUIS.

Igualmente doy
a todos las gracias hoy,

que si ya en tales enojos
vengo a adquirir por despojos
mis recobrados sentidos
bien pueden darse ofrecidos
al templo de tantos ojos.
Pero permitid que diga
que debo a don Juan el ser,
y que sólo su poder
en mayor parte me obliga:
no porque nadie desdiga
de quien es en lo que ha hecho
pero puedo satisfecho
decir que él llevó la palma,
que empezaron por el alma
los socorros de su pecho.
Llegó a tiempo que podía
(a tardar en la ocasión)
morir sin la confesión
que sólo al cielo pedía.
Y cuando no me debía
afectos de voluntad,
en tan cristiana amistad
con dos causas me obligó,
pues la que no me debió
es la que hallé en su piedad.

D.^a CLARA.

Por otras muchas sé bien
que se le debe a don Juan
la opinión que ya le dan.

D. ENRIQUE.

Yo sé lo mismo también.

D. LUIS.

No sé que mis fuerzas den
muestras de poder pagar
lo que llevo a confesar.

D.^a CLARA.

Pues no tenéis que afligiros
porque él tiene que pedirnos
lo que vos le podéis dar.

D. LUIS.

Sola el alma, que es Dios,

reservo, y aún si pudiera
darla sin que Él se ofendiera
la repartiera en los dos.

D. ENRIQUE.

Eso es, hijo, cuando vos
aún del todo no sabéis
la obligación que tenéis
a su nobleza, su trato
y a su pecho; aún el recato
de nuestro honor le debéis:
Porque vuestra hermana ha estado
con vos aquí, se ha abstenido
de veros, en que ha querido
excusarnos el cuidado
que pudiera habernos dado;
y sólo en esta advertencia
se puede hacer la experiencia
de cuanto sabe obligar,
pues aún no quiso fiar
de sus ojos su prudencia.

Sale don Juan.

D. JUAN.

Seáis señor don Luis
mil veces bien levantado.

D. LUIS.

Sólo a vuestros pies postrado
cumpliré lo que decís.

D. JUAN.

Mal parece que cumplís
en esto con la amistad
debida a mi voluntad;
conocimiento advertido
de mis deseos os pido,
pero no tanta humildad.

D.^a CLARA.

Yo le he dicho que tenéis
que pedirle vos.

D. LUIS.

¿A mí

tenéis que pedirme?

D. JUAN.

Sí,

que al culpado perdonéis,
que hoy es justo que mostréis
en la primera estación
del vivir el corazón.

D. LUIS.

No sólo está perdonado
pero de lo que he tardado
os pido también perdón.

D. JUAN.

Nunca menos esperé
de tan cortés hidalguía,
y a lo dichoso del día
en que os levantáis, haré
fiesta, con palabra y fe
que nadie de aquí saldrá
con disgusto, si es que está
en mis manos el poder.

D. LUIS.

Dueño os hago de mi ser
y aún es corto premio ya.

D. ENRIQUE.

Todas mis acciones dejo
a vuestra disposición,
que aunque se debe atención
a la experiencia de un viejo
me ofrecen dicha segura
el poder y la cordura.

D.^a CLARA.

Y yo quiero por los dos
esperar también de vos
o mi suerte o mi ventura.

Sale un criado con un papel.

Criado.

De don Diego, mi señor,
es este papel.

D. ENRIQUE.

Tendremos
algunos locos extremos
de su altivo pundonor.
Tomale.
Luego lo veré.

D. JUAN.

Razón
será salir de cuidado.

D. ENRIQUE.

Es un pariente cansado
opuesto a mi condición.
Pero cobrada licencia
le leo.
Lee aparte.

D. JUAN.

Vos la tenéis.
Ya, señora, no diréis
que he faltado a la obediencia
que justamente os debía.
Pero una merced a mí
quiero que me hagáis.

D.^a CLARA.

Ya os di
mi libertad, que no es mía.

D. JUAN.

Según eso ¿de mi mano
os puedo casar si quiero?

D.^a CLARA.

De vos la elección espero
y a obedeceros me allano.

Rompa el papel.

D. ENRIQUE.

¿Tengo yo necesidad
de consejos semejantes?
Siempre fueron ignorantes
su ingenio y su vanidad.

D. JUAN.

¿Qué escribe ese caballero
que habéis perdido el color?
¿Es desafío, señor?

D. ENRIQUE.

Decidle que es un grosero.

D. JUAN.

Si tengo de disponer
de vuestras acciones hoy
(como habéis dicho), aquí estoy
para obrar y responder.

D. ENRIQUE.

Escribeme un atrevido
de un pariente, que murmura
todo Madrid la locura
de haber mi hija traído
a casa de un hombre rico,
mozo y galán.

D. LUIS.

Pues aquí
yo he de responder.

D. JUAN.

A mí
me toca, y os lo suplico.
Decid a ese caballero
que yo he tomado a mi cargo
el hablar, y así me encargo
de responder el primero;
que le agradezco el cuidado
que en las cosas de su honor
ha tenido, y el valor
que en el aviso ha mostrado;
y que si el pueblo reparte
malicias tan mal fundadas
en culpas no imaginadas,
que responda de mi parte
que el murmurar ni el temer
no tienen aquí lugar,
que en mi casa vino a estar
quien vino a ser mi mujer.
Dale la mano.

D. LUIS.
Breve respuesta.

D. ENRIQUE.
Y dichosa
para todos.
Vase el criado.

D.^a ANTONIA.
Sólo el cielo
pudo darme por consuelo
el nombre de vuestra esposa:
que en este dichoso empleo
tanto se abrevió el placer
que aún no llegué a padecer
la vergüenza del deseo.

Sale Martín alborotado.

MARTÍN.
Si hoy no me vales, señor,
a manos de don Antonio
moriré, que hecho un demonio
me busca.

D. JUAN.
Pierde el temor.

MARTÍN.
A saber fue del herido,
y en casa de doña Clara
en que están aquí repara
y en el Familiar fingido.

D. JUAN.
No importa, déjale entrar,
que ella será su mujer,
y con el mucho placer
se le olvidará el pesar.
Que estoy aquí considera,
Martín, y no temas nada.

MARTÍN.
¿Qué importa, si hay puñalada
que coge la delantera?

Sale don Antonio.

D. ANTONIO.

Si en el centro de la tierra
se esconde, le he de matar
por el modo de engañar
que en su vil pecho se encierra,
¡Válgame Dios!
Ve a todos.

D. JUAN.

Escuchad
aparte: Cuanto se ha hecho
ha sido en vuestro provecho,
apurada la verdad.
Y esto se prueba en que estáis
perdonado del herido,
y en que os quiere por marido
doña Clara.

D. ANTONIO.

Que os burláis
presumo en nuevos desvelos.

D. JUAN.

Cerca está la información.

D. ANTONIO.

¿Y con qué satisfacción.
puedo asegurar mis celos?

D. JUAN.

El embozado del Prado
¿Tenía esta capa?
Enseña la capa bordada.

D. ANTONIO.

Sí.
con esa capa le vi.

D. JUAN.

Pues yo soy el embozado
y el que la espada sacó
a vuestro lado, y después
sólo por el interés

de ausentaros os dio
cien escudos.

D. ANTONIO.

Pues Martín,
¿Tú eres tan grande embustero?

MARTÍN.

Era el demonio casero,
y Familiar con buen fin.

D. JUAN.

En todo miró el intento
a vuestro bien, don Antonio,
que nunca asiste el demonio
a la unión del sacramento.
Y tal vez (y no os asombre)
dan evidentes señales
de espíritus infernales
las sutilezas del hombre.

D. ANTONIO.

¿Hase acaso publicado
lo que me has hecho creer?

MARTÍN.

Nadie lo llegó a entender.

D. ANTONIO.

Con eso estás perdonado.

D. JUAN.

Aquí don Antonio está.

D. LUIS.

Y en su cuello están mis brazos,
porque digan estos lazos
que le he perdonado ya.

D. JUAN.

Si es verdad que me habéis dado
[A D.^a Clara]
para casaros poder,
de elección mía ha de ser
don Antonio el desposado.

D.^a CLARA.

Gustosamente le doy
el sí y la mano de esposa,
confesando el ser dichosa.

D. ANTONIO.

Vuestro humilde esclavo soy.

D. LUIS.

Que en todo vuestro valor
es como vuestro, es muy llano.

D. JUAN.

Pues dad vos también la mano
de esposo a doña Leonor.

D. LUIS.

Sí doy, porque hacerlo es justo.

D. JUAN.

Esto es lo que prometí
y he cumplido, pues de aquí
nadie saldrá con disgusto.

TEODORA.

Menos yo, que me he quedado
sin casar.

MARTÍN.

Por mil razones
me quiero quedar de nones.

D. JUAN.

No para ser mi criado,
y si te casas con ella
dos mil ducados te doy.

MARTÍN.

También la mano le doy
como juré de doncella,
que en habiendo testimonio
seré tordo y no Martín.

D. JUAN.

Y tenga con esto fin.

FIN